

LUCHA DE HUMOS

NOVELA



R-10957

Juan F. Muñoz y Pabón, Pbro.

LUCHA DE HUMOS

NOVELA EN TRES ACTOS

(SEGUNDA EDICIÓN)

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica



SEVILLA

IMP. Y LIB. DE SOBRINO DE IZQUIERDO

FRANCOS, 43 AL 47

Es propiedad del autor. Queda hecho el depósito del número de ejemplares que marca la Ley.



CERRAZÓN DE HORIZONTES

ACTO PRIMERO

Personajes que en él intervienen: LA CONDESA DE PERALTA y su hijo JAIME.

Es la señora condesa mujer de cincuenta años o poco más; de prócer estatura y regulares carnes y de porte señorial y empaque distinguidísimo, en medio de la pobreza de su tocado.

Transparente de cutis, color de marfil antiguo con rosadas chapetas en las mejillas, parece «una cabeza» de Watteau, el pintor de las pelucas empolvadas; pues para

que sea más exacto el parecido con las asendereadas duquesas de Versalles,—note el lector que siempre son duquesas las de la corte de Luis XV — peina nuestra heroína abundantes rizos, blancos como la nieve, sujetos acá y acullá por peinecillos de carey oscuro, que contrastan con lo negro de las pronunciadas cejas y lo intensamente azul de los ojos, altivos como de águila, no acostumbrados seguramente a repasar, como ahora, desperfectos de calcetines de su hijo.

Debió de haber sido muy guapa allá en sus buenos tiempos, a juzgar por lo que acusan a la sazón las ruinas de su hermosura, y, aunque vieja y arruinada, así en lo físico como en lo financiero, aún rinde culto al *coram vobis* de su persona y al rango y prosopopeya de su clase. Testigo: la corona— imperdible de nueve perlas con que se abrocha el cuello de la bata de tartán a cuadros de que está vestida (esto, por lo del rango de la clase), y el blanco delantal, festoneado de randas y vainicas, que le pende de la acorselada cintura; la nivea *Maria Antonietta* de holán de Escocia con

encajes falsos, que le ciñe los aún redondos hombros, y los puños immaculados, que le ajustan las muñecas, por lo que se refiere al *coram vobis*, o la presentación de la persona.

Todo lo que ostenta es sencillo, casi pobre; pero todo pulquérismo .. comunicándole un sello de distinción y de aristocratiquéz, que parece una emperatriz venida a menos y resignada con su infortunio.

Porque es muy grande, para mujer de sus humos y de su temple, el infortunio de su *infortuna*. Casada con un gran señor, si por gran señor se entiende descender del Infante de la Cerda; ser el conjunto de todas las necesidades, sin mezcla de entrada alguna; querer ir siempre a la vanguardia de todas las esplendideces y todos los derroches y no saber arreglarse a lo que la desvergonzada aritmética, que no tiene entrañas ni educación, dice con la sequedad espartana del lenguaje de sus guarismos, nuestra pobre condesa se fué quedando poco a poco como el gallo de Morón: sin que, al enviudar del linajudo prócer, vizconde de Almuñécar, le quedase de su ya de antemano lastimada hacienda patrimo-

nial, más que unos cerros escuetos y bravios con las ruinas de un torreón en donde radicaba su Señorío con Grandeza, unas cuantas casucas de alquiler allá en el barrio bajo de la ciudad y la casa solariega de los Peralta.

¡Y qué casa «la Casa de los Condes», como se le designa todavía por el pueblo! Eche usted y no se derrame fachada plateada de piedra granadina, con su puerta central de medio punto con archivolta, entre airosas columnas corintias con guirnaldas de frutas recortando la monotonía de los fustes, y elegantes medallones con máscaras y armas en los correspondientes pedestales de tallados netos. Apunte usted filigranas de forja en el herraje del balcón, en forma de ajimez cintrado, con su florón pendiente, emplazado entre medias columnas, reducción de las de la puerta, y cobijado por el escudo a que dan guardia de honor dos Hércules armados de su correspondiente clava, en actitud como de defenderlo de las dos «bichas» con cabeza de dragón, pechos de mujer, abdomen de delfín, patas de águila y cola de hojaresca caprichosísi-

ma, que se retuercen sobre el friso del balcón donde apoyan sus garras unguiladas, para ir a resolver los primores y gallardías de su cola, allá por encima de la cabeza de los ventrudos musculosos Hércules.

Con zaguán espaciosísimo, hondo y obscuro como el de un mesón, tiene un patio claustrado a los cuatro vientos, amplio y soleado como el de una abadía; con su brocal de mármol en la boca del aljibe y sendos macetones de aristocráticos bojés en cada ángulo.

Sigue luego la escalera comodísima, con su cúpula de artesonado mudéjar y las empresas del escudo heráldico distribuídas por cuarteles en las pechinas; su retablo de azulejos de Triana en el testero del descanso, y, ante éste, un farol antiguo, de plebeyá hojalatería, pero de elegantemente graciosa traza.

Y, a propósito de retablos y faroles, aunque sea un despropósito venirse con observaciones de costumbres en una simple aco-tación como la que traemos entre manos. Antiguamente, porque había acendrada piedad en los hogares, se erigían retablos

en los puntos más estratégicos de las casas. Y porque se tenía devoción a la imagen del retablo, se le encendían luces. Hoy, porque resulta artístico el detallito del farol, porque decora y *compone* realmente, a fin de sincerar el farol, se construye el retablo y se le pone la imagen a que ha de alumbrar... Más claro, y para decirlo de una vez: nuestros abuelos decían:—Un farol para esta santa imagen—; y hoy decimos sus nietos:—Una imagen cualquiera para este farol...

Pero volvamos a nuestro cuento, por no decir a nuestra historia.

El hijo primogénito de la condesa es un mozo guapisimo, rubio y ojigarzo como un sajón, y garboso de andares como un banderillero; medrado de estatura y sacudido de carnes; ceñido de caderas y levantado de pecho. Tendrá como de veinticinco a treinta años, más bien los menos que los más, y así tuviera dineros, como títulos y señoríos y ringorrangos.

Como es vizconde desde la muerte de su padre y le aguarda un condado con grandeza, claro está que no se ocupa en nada

práctico y financiero. Vive de las merma-
dísimas rentas de la casa, que es lo mismo
que vivir de milagro, y no está tan resigna-
do, ni con mucho, como la autora de sus
días a arrastrar, más bien que a vivir, la
vida miserable que se vive en el palacio de
los Peralta.

Altivo como su madre, sabe llevar sus
estrecheces y devorar sus hambres con la
olímpica majestad de un rey en el destie-
rro; sin humildad para solicitar de amigos
poderosos un destino con que hacer frente
a las necesidades de su casa, pero con es-
toicismo suficiente, y aun sobrado, para
hacer vida de anacoreta.

Como carece de patrimonio que ofrecer a
una mujer en trueque de su mano, no pre-
tende a ninguna. Como no cuenta con ha-
beres con que corresponder a obsequios de
camaradas, no se trata con nadie, pasando
por orgulloso de su estirpe y engreído con
su alcurnia, a pesar de ser comunicativo
como un niño y democrático como un mi-
sionero, y porque no puede dar tabaco a
todo el mundo, *le han prohibido* los médi-
cos que fume.

Viste para la escena un traje de casa, que se pone no bien entra bajo techado, más que para estar cómodo, para alargar la vida al que tiene de calle, que se encuentra en el segundo del bienio. No usa jamás alhajas, aunque las tiene de los tiempos de sus padres, por parecerle sarcástico para consigo propio alardear de superfluidades, cuando se anda a huye que te alcanza con lo necesario; y pulcro y aseado y rechinante (lavarse no cuesta dinero) es un ejemplar de hombre, como hoy se dice, que pudiera hacer la felicidad de una princesa.

Sin afición maldita a la carrera de leyes, que logró rematar, aunque a trompicones, siente predilección marcadísima por la química y la mecánica. Una máquina, por sencilla que sea, lo entretiene y lo emboba, y una instalación fabril, con su organismo de hierro con articulaciones de ruedas dentadas, sus correas sin fin y sus volantes, sus palancas y sus émbolos, el estómago de sus calderas de vapor y el pulmón de sus chimeneas, cosa es que lo saca de quicios, poniéndole a los linderos del entusiasmo.. Pero no adelantemos.

Es a la mediación de un espléndido día de invierno, como lo suelen ser los de Andalucía. Un sol, por consiguiente, como de abril, ilumina la escena.

Es ésta un saloncito o gabinete, sobado y desteñado, con muebles de la época del casamiento de la condesa —las postrimerías del reinado de Isabel II—. Eso sí: mucho escudo heráldico, cobijado por corona condal, en las fundas de los muebles y en los cortinajes de los huecos.

Tapizan las paredes de la pieza retratos de caballeros y de damas, desde la época de Claudio Coello hasta la de Madrazo, entre ellos un Velázquez, un Murillo y dos Goyas: páginas icónicas de la historia de una dinastía condal, que ni por toda la plata del Perú desglosaría la condesa.

Sentada en un sillón de respaldo, con aires de Catalina de Médicis, ha escuchado las proposiciones que de pié, contra el quicio de la ventana, le ha hecho su primogénito.

Al alzarse el telón monta en cólera. Mira a su interlocutor como si lo arañara con los ojos. Se revuelve en el asiento como una

pantera herida, y, llevándose a la cabeza las crispadas manos—con lo que deja ver los codos de las mangas, remendado el derecho, y el otro zurcido —, dice:

ESCENA UNICA

DICHOS

—¡Jamás, jamás, jamás! ¿Mi corona de nueve perlas andar como la de los Fontana, rodando por envases de aceitunas en salmuera, o ennobleciendo etiquetas de latas de tomates en conserva como la de los Valmanriques; en la muestra de una panadería modelo como la de los Pimpollar, o en botellas de vino falsificado como la de los Rastrillos?

... El egregio apellido de los Peralta, entroncado con infantes de Aragón, amalgamarse ahora en deshonrable consorcio con el de un Pérez o un García cualquiera en una razón social de tres al cuarto?...

¡No, Jaime, no!... Acuérdate de Breda y de Lepanto, de Aljubarrota y hasta de Te-

tuán, donde el santo nombre de tus abuelos rayó a la inconmensurable altura de los héroes de las leyendas, y no intentes, ¡no intentes! emporcar las empresas esplendísimas de sus escudos con pulpa de remolacha azucarera.

La nobleza española, la más rancia y entonada y copetuda (y con razón) de todo el globo terráqueo; esa institución... divina, ¡divina, sí, y lo digo y lo redigo! esa institución divina, que pobló de héroes las historias y llenó de santos las hornacinas de los altares, no debe descender del pedestal de su grandeza olímpica, para ajudiarse con el comercio ni apelgararse con la industria. Eso se queda bueno para quien lo hereda, como se hereda todo en este mundo, o para esos noblecillos del montón, que se usan ahora, que mercaron como gala en feria el obscuro titulejo que nadie quiso, o la grandeza nueva y flamante que en ellos mismo tuvo origen. Pero para los de abolengo y de linaje, de raza y de cepa, de sangre y de alcurnia como nosotros; para los que contamos por siglos la fecha de nuestras ejecutorias; para los que traji-

mos a España al Apóstol Santiago y hospedamos en nuestro palacio de Zaragoza nada menos que a la Madre de Dios (¡ya ves si somos antiguos!); para los que levantamos universidades y abadías y dotamos octavas en Colegiatas y Catedrales; para los que nos tuteamos con emperadores y desechamos en ocasiones matrimonios con reyes; para los Peralta, en fin (fijate bien: *Per Alta*, esto es: *por las alturas*, pues eso significa en latín, y por eso en el primer cuartel del escudo hay un águila cerniéndose por encima de las más altas montañas del globo); para los Peralta, digo, no hay más sino vivir encastillados en nuestro heredado señorío, como augustas reliquias dentro del relicario labrado y cincelado sólo para ellas: sin servir más que a Dios y a nuestros reyes, por lo que tienen de Dios, pero nunca jamás, por nada de este mundo ni del otro, a quien con su dinero en la mano venga a inferirnos el ultraje de hacernos proveedores de su casa y despensa.

Deja a los Casa-Zapatero montar fábricas harineras y plantear negocios de abastecimiento de leche esterilizada. Por algo

su título es pontificio y el nuestro es de Castilla; por algo su marquesado de Casa-Zapatero (vaya una altisonancia y un tronido) es de ayer, como el otro que dice, ¡de León XIII!, ¡figúrate qué antigüedad!, y el nuestro se pierde en la noche de los tiempos; por algo, en fin, hay en el mundo zapatos y Zapateros, y alturas siderales, y quien por ellas ande como Perico por su casa.

Así, pues, le dices de mi parte a ese señor ingeniero que se guarde en lo sucesivo de hacerte proposiciones infamatorias. ¡Los Peralta no han sido nunca mercachifles!

—Pero mira, mamá, que el negocio es tentador y que las corrientes de la época van por lo positivo... Mira que el lema de hoy es «tanto tienes, tanto vales», y que viste muy mal andar a la cuarta pregunta, como andamos nosotros, compadecidos de todo el mundo y no envidiados ni de nuestros servidores.

—¡Blasfemia semejante!

—Sí, señora condesa de Peralta: es necesario descender de esas alturas de Olimpo

y ponerse en la realidad de la vida. Yo estoy harto de humillaciones y vejámenes, y me hallo resuelto a tomar el desquite. Hoy hace falta dinero para todo; pues, como dice el refrán, «donde no hay «din» no hay don»; y, antes que buscarlo por el lado de un matrimonio con una palurda rica...

—¡¡Te excomulgaba si tal hicieras!!

—Descuida, que no entra en mis planes estercolar la tierra, como tú dices. Pero convén conmigo en que el dinero es preciso, y hay que buscarlo por el más sagrado y decoroso de los medios: el trabajo, que ennoblece y hasta redime.

—¿Que el trabajo ennoblece?... ¿Que el trabajo redime...? Ennoblecera al plebeyo y redimirá al que necesite redención. ¡Al que nació de padres nobilísimos...

—Pero sin dos reales: sigue.

—...como naciste tú, a ése no le ennoblece, sino que lo degrada! ¡A ése no lo redime, sino que lo deshonor!

—Yo creo que no, mamá. Yo creo que es más honrado que vivir en la inacción y en la miseria, tomar un azadón, si es menester, y ganar para vivir holgadamente,

sin deber nada a nadie... ¡Es horrible morirnos, como nos estamos muriendo nosotros, por consunción, después de haber hipotecado hasta el apellido! Encastillada en el alcázar de tu grandeza y cegada por los humos de tu rango, no ves que es hasta risible la situación falsísima que ocupamos hoy en el mundo. Respetable la pobreza, y hasta santa el hambre, necesitan su marco para hacerse respetar. La miseria bajo palio y el hambre con corona no merecen otro culto que la carcajada de las gentes. Sepamos descender, señora, ya que no nos es dado, por nuestra mala ventura, sostenernos. Bajar no es caer, ni descender es rodar. Prescindamos del palio, ya que Dios nos ha hundido en la miseria, y guardemos en el guardajoyas la corona, mientras nos dure el hambre. Tú conoces mejor que nadie mi horror a lo cursi, y lo cursi no es otra cosa que ¡la caricatura de lo grande, la hipocresía de la elegancia, la mentira en acción! Y tan cursi es aparentar que se es, colocándose en esfera superior, como aparentar que se tiene, cuando se está a la cuarta pregunta. Jamás ha sido cursi tra-

tarse con sus iguales ni vestir según su categoría. La esencia de lo cursi es estar fuera de su sitio. Y nuestro sitio, hoy por hoy, es ponernos a la altura de los acontecimientos. Emprender un negocio decente...

— ¡No blasfemes, por Dios!

— ...arrojarnos en brazos de la industria... ganar, en una palabra, el pan nuestro de cada día, bajando sin caer, y descendiendo sin rodar... No tirarnos los trastos a la cabeza con ese buen ingeniero que nos manda Dios.

Además que no se trata de que tenga tu hijo que vestirse de blusa como un menestral y ponerse a trabajar como un obrero. Se trata simplemente de ceder, a cambio de cien acciones, que se resolverán, dentro de dos o tres años, en otros tantos miles de duros, unos terrenos que para nada sirven, y un nacimiento de aguas que para maldito de Dios lo que las aprovechamos.

— ¿Que no nos sirven esos terrenos?
¿¿Que no nos sirven??... ¿¿¿que...

— ¡Para qué? Dímelo.

— Para... ¡lo que sirven los flecos en las toallas! ¡Para lo que sirve la cola a los ves-

tidos de baile! Para estorbo, si se quiere: conformes; pero para que las toallas sean toallas, y no paños de cocina, ni los trajes de baile, vestidos de paseo. Para eso me sirven a mí esos terrenos del castillo y esas aguas... sagradas de ese Jordán: para ser la Excelentísima Señora Condesa de Peralta, Vizcondesa de Almuñécar, y no la Zapatera, como la llama tía Rosario; para ser en todas partes la dama de abolengo y de alcurnia, aunque desmoronada y en ruina, y no la adocenada burguesa ahita y boyante. Por tanto, mientras yo viva, nadie pondrá la planta en ese... portal de Belén del señorío de mis mayores, ni profanará esas aguas... que hasta quitan el pecado venial, convirtiéndolas en fuerza bruta que mueva una máquina. Sí, Jaime, sí. ¡Respetar ese monte santo, donde radica tu título con grandeza de España, y venerar las aguas de ese río que tiñó de azul la sangre nobilísima que corre por tus venas! ¡Acuérdate del mote, sin rival en la heráldica española, que orla tu escudo:

«Peralta, *altitudo altissima*
Sapientiae et scientiae Dei:
Quién hospedó a la Santísima
No há prez en casar con rey»,

y muérete en un rincón, de hambre, si es menester, antes que vender al Justo, por dineros de plata.

—¡Eche usted humos!

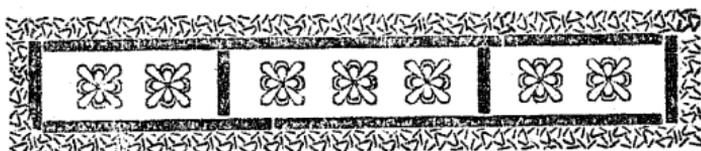
—Porque los puedo echar, a Dios gracias, y los echaré hasta después de muerta... Antes muerte con honra que vida con desdoro.

—Pero, madre, por Dios...

—Lo dicho, dicho. Tanto desdora a un grande el comercio y la industria, como a un comerciante o a un industrial echarse a la limosna... ¡Aún hay clases en el mundo, y las tendrá que haber mientras el mundo exista! Y si tú, por un miserable plato de lentejas, te avienes a dejar de ser tú, yo, que he sido siempre yo, moriré siendo yo.

(Aparte, con amarga chunga.) *Ego sum qui sum...*

TELÓN RÁPIDO



CRUJIDOS DE LA TORMENTA

ACTO SEGUNDO

Personajes que en él intervienen: LA CONDESA DE PERALTA. EL OBISPO DE LA DIÓCESIS.

Terraza de la casa de la condesa, con vistas al jardín, encantador en medio de su descuido, y quizá y sin quizá, a causa de él. Las hiedras, que hace años no se podan, cuelgan con elegantísimo desmayo de lo alto de los muros. Los bojés, por lo mismo que no se tonsuran desde sabe Dios cuándo, tienen aterciopeladas sinuosidades de rocas de musgo, y la fuente central, de már

mol granadino, porque nadie la limpia, luce madejas de verdina como sartales de esmeraldas. Jazmineros y madreselvas trepan a su sabor por cipreses y paraísos, acacias y naranjos, dejando caer sus flores a la caída de la tarde, como lluvia de lágrimas de compasión. La albahaca y la alhucema, el romero y la hierbaluisa, perfuman el ambiente, impregnado de humedad, y una copuda mata de resedá sombrea el viejo escudo de la casa, que destaca sobre la puerta de la cochera. Al alzarse el telón aparecen sentados frente a frente los dos interlocutores, con un veladorcillo de mimbres entre ambos: en hábito de paseo Su Excelencia, y la señora condesa en traje de casa: bata de paño azul con chorrera de encájes barceloneses, claro está que sujeta al cuello del vestido por la corona de nueve perlas, y luciendo en los finos dedos de las exangües aristocráticas manos anticuados anillos de lanzadera de diamantes mulatos.

Es la caída de la tarde.

Supónese que han hablado antes de alzarse el telón, a juzgar por lo que dice Su Excelencia.

ESCENA PRIMERA

DICHOS

--Ni tanto, ni tan dello, señor don Tello: ni tanto democratizarse la nobleza, que deje de haber clases en el mundo, ni tampoco encastillarse tanto en su señorío, que venga a convertirse en institución perfectamente inútil. Lo que se le pide a usted llanamente es enajenar esos terrenos que para nada aprovecha en la actualidad, y ese venero de agua, llamado a ser, andando el tiempo, un verdadero filón de oro... Yo no tengo que meterme en si le hace a usted falta, o no le hace, apuntalar un poco su fortuna, aunque, por muy boyante que esté una casa, nunca le viene mal un refuerzo del calibre del que tenemos sobre el tapete. Lo que me ha movido a venir a hablar a usted es contribuir en cuanto está de mi parte al bien, hasta material, de mis ovejas, por el que debo interesarme como obispo; es desvanecerle un poco los humos

de grande, quitándole a usted; o haciendo por quitarle, los escrupulillos que me dicen que tiene, hijos, sin duda, de su acaso exagerada idea de lo que es la nobleza...

—Con que exagerada, ¿eh?... ¡Exagerada!... ¿Puede ser exagerada la idea de Dios, por muy alta que la formemos? (*Con entusiasmo.*)

—No es lo mismo, condesa, no es lo mismo: porque Dios es infinito en sus perfecciones, y la nobleza no. Pero así y todo, también se puede formar exagerada idea de Dios mismo, en cuanto lo hagamos, pongamos por caso, tan extremadamente justo, que le neguemos la misericordia, o tan extremadamente benigno y misericordioso, que lo destituyamos de justicia. Y usted tiene, a mi pobre entender, exagerada idea de lo que debe ser un grande: y en fuerza de querer segregarlo del común de las gentes y de elevarlo por encima de todo lo práctico y comercial, lo reduce a la categoría de perfectamente inútil, cuando no embarazoso, y, si me aprieta usted mucho, perjudicial, funesto...

—¿¿Con que funesto?? Nunca creí que un

obispo, de sangre azul, hablase de ese modo de la nobleza. A ese paso, la decantada democracia de la Iglesia católica va a venir a cristalizar en anarquía. ¡¡Funesta la grandeza!!... Crea usted que era lo que me quedaba que oír, y de labios precisamente de un hijo de grandes. ¡¡Funes...

—Note, condesa, que no he dicho que la nobleza sea funesta de suyo, ni siquiera perjudicial. Digo sencillamente que no la elevemos tan por encima de todo lo práctico, que la hagamos inútil para el bien de los pueblos, y, hasta más aún que inútil: embarazosa, perjudicial. Y si no, óigame: Si el terreno de que se trata y las aguas sobre que versa la cuestión fuesen de cualquier Juan particular que se aferrara en no venderlos, porque no, ¿no sería usted la primera en calificar la conducta, que está usted observando, de rémora para el florecimiento de la industria en la región: de demoleadora de los intereses materiales de toda una comarca; de perjudicial, en fin, y dañina y funesta para el bienestar de un pueblo .? Y todo ello, ¿por qué? Porque el terreno de que se trataba no era, como us-

ted dice, el portal de Belén de ningún señorío; ni las aguas, la Probática Piscina de ninguna grandeza. Luego el tal señorío de Peralta, con su grandeza aneja, es en el caso presente algo más que una cosa inútil para el pueblo de que fué en otros días como ángel tutelar. El señorío de Peralta es un claro y notorio perjuicio, y tanta y tanta grandeza se está haciendo antipática, y acabará por hacerse aborrecible y execrable.

—¡Señor obispo! ¡No abuse usted de lo sagrado de su jerarquía! ¡Si usted es sacerdote y prelado, yo soy señora, y grande!...

—Es que yo no he dicho a usted nada que no pueda decirse a toda una señora, ni pueda lastimar a una grande. No soy yo, sino la lógica, la que deduce, y usted quien se lastima gratuitamente. Ni usted es antipática, ni su grandeza merece execración. Pero tales beneficios puede usted impedir, por respeto a su propia grandeza, que se haga usted antipática a sus antiguos vasallos, y aborrecible y hasta execrable su grandeza misma. Eso es, ni más ni menos, lo que he querido decir y lo que he dicho.

Por algo dice el refrán: «Amigo que no presta y cuchillo que no corta, que se pierdan poco importa»; y no quiero, no quiero que se tenga que decir de los Peralta: «Señorío y grandeza que así nos perjudica, que los parta un rayo». Si, hecha esta aclaración, aún cree la señora que le he faltado al respeto que merece como mujer y a la consideración a que es acreedora como dama, le pido mil perdones.

—No hay de qué perdonar, y hasta me humilla usted con suponerlo... Es que todo lo que toca a la grandeza me lastima en las niñas de los ojos, y no sé ni lo que digo. ¡Como que es lo único que me queda, señor obispo! (*Y la condesa se echa a llorar.*) ¡Mi orgullo de señora, mi soberbia de grande!... Otros títulos de Castilla, que han centuplicado sus rentas o conservado a lo menos su patrimonio, pueden cifrar su vanidad de hombres o llevar adelante sus puntillos de mujeres, en los trenes que arrastran, en las joyas que lucen, en el boato de que se rodean, en el esplendor, en fin, con que viven y triunfan. Para ellos su título señorial no es más que *una de tantas*

vanidades... Para mí, señor obispo, el mío lo es todo. Ni en mi casa hay dos cuartos, ni nada que lo valga. El estado financiero de los Peralta está en la más desoladora bancarrota. Viviendo estamos hace dos meses del valor de la última joya que me quedaba: la corona que lucieron en sus desposorios todas mis abuelas, y que quería yo legar a la que se casara con mi Jaime... Y porque no puedo alardear de nada en este mundo (porque hasta hambres he devorado en ocasiones), quería yo permitirme el lujo de dar un puntapié a la fortuna que, según el parecer de todo el mundo, incluso usted mismo, está llamando a mis puertas. Conservar este cerro hasta la hora de mi muerte, libre de todo gravámen, siquiera fuese tan beneficioso para mí como sería rematar mi carrera en el valle de lágrimas en que tantas he devorado en silencio, con la plácida holgura en que viven otros. ¿No se dejaban matar los mártires por una nada? Pues yo quería para mí la corona del martirio por la grandeza.

—Ni es nonada, señora, la gloria de Dios, por la que arrostraban los mártires el mar-

tirio... ni, aun dando de barato que lo fuese, el caso es igual. Dios tiene un cielo para sus mártires. La grandeza no lo tiene, que yo sepa, para los suyos,

—No; si no quiero decir que el caso sea igual. Lo que digo es que prefiero morir en la miseria, pero con mi señorío immaculado, a vivir con holgura, a costa de una fábrica azucarera, emplazada al pié del cerro mismo que defendieron de la morisma mis antepasados, y a costa de una estúpida máquina de vapor, nutriéndose del agua santa que tiñó una y mil veces de azul la sangre de mis abuelos.

—Crea usted que lo siento con todo mi corazón: y más que por usted, las cosas claras (todo tiene compensación en este mundo), por el bien que pudiera proporcionar al pueblo, y que deja de proporcionar, por no querer colocarse en el verdadero punto de vista de las cosas.

—¿Pero tanto es el bien que puede hacerse?

—Dar de comer al hambriento... vestir al desnudo...

—Total: todas las obras de misericordia corporales, ¿no es así?

—Con las espirituales que se pueda: y si no se pudiese ninguna de las segundas, con sólo las primeras no era poco. Decídase usted, condesa, por caridad de Dios. Por...

—Resorte es ese, señor obispo, que nadie me toca en vano. Es una cosa muy grande la caridad de Dios y en labios de un obispo, para que sea invocada infructuosamente. ¡Conque por caridad de Dios!... Por ca...ri...dad... de... Dios... (*Gran pausa, en que la condesa se revuelve en el asiento, se pasa una vez y otra las manos por la frente, se muerde el labio inferior y hace otros mil signos que denotan su perplejidad*) ¡Por caridad de Dios! Pues bueno: concedido el terreno que sea menester y todo el caudal de aguas que sea necesario... Pero... con una condición inapelable.

—Usted dirá.

Que sea cesión, y no venta.

—¿Cómo cesión y no venta?

—Pues muy sencillo: que esas acciones que me ofrecen por medio de usted, las cu-

bran con dinero de quien lo tenga para emplearlo. Yo no hago caridades para cobrar-melas en especies. Pobre, pero con dignidad y con decoro. Necesitada de una limosna, si es menester, pero sin vender al Justo por dineros de plata.

—Es usted como nadie, condesa: digna de una grandeza de España, si ya no la tuviera por derecho propio desde el día de su nacimiento. ¡Eso es saber ser grande: merecerlo con acciones como ésta!... Pien-se usted, sin embargo, que lo que usted propone es... permítame la frase: un disparate sublime; pero disparate al fin. Todo eso estaría muy bien, y muy en su punto, y muy en carácter de una rica hembra castellana, si usted no fuese en este mundo más que condesa. La señora no debe perder de vista que, además de condesa y grande de España, la señora es madre...

(Con entusiasmo y lágrimas en los ojos.)

—¡Hijo mío de mi alma!... ¡Verdad que sí!...

—y porque la señora es madre, y no puede en conciencia tirar por la ventana lo que ya no es suyo solamente, sino del hijo que Dios le dió, esa condición, inapelable hace

un momento, hay que retirarla al punto. Y, o legar a sus herederos íntegro el señorío e inmaculado el blasón—esto es, negarse rotundamente a lo propuesto—, o, de deslustrarlos un tanto, según usted, cobrar por sus cabalas el desiustre, entrando en trato, vendiendo, haciendo pan, señora; haciendo pan: pues si de sólo pan no vive el hombre—testigo Jesucristo, Nuestro Señor—, sin pan, señora mía, no vive ningún hombre. Y porque en nombre de la Junta Directiva de la Empresa vengo a tratar con usted, y sé que ésta está dispuesta a dar hasta ciento cincuenta acciones, acciones que es un dolor que no aproveche usted, siendo así que las vale lo que usted da, acéptelas de una vez, sin andarse con tiquismiquis ni remilgos. Es una obra social de grandísima transcendencia la a que puede darse cima con que todos contribuyamos con nuestro granito de arena. Usted, con su terreno y con sus aguas; los accionistas, con sus pesetas; el ingeniero, con su talento; el gerente, con su pericia en los negocios; hasta el bracero, con su sudor. Ganará la agricultura: ¡eche usted hectá-

reas de terreno, hoy sin cultivo, por la pérdida de las viñas, sembradas de remolacha! Ganará el comercio: ¡ponga usted en circulación semanalmente la milada de duros de la jornalería! Y la industria, la industria almenaltense, por los suelos hoy, con la competencia de Cataluña en las lanas y de Francia en los curtidos, entrará en un período de prosperidad y de florecimiento con el que nunca pudo ni soñar. Ni crea usted, condesa, que solamente con eso se satisfacă mi corazón de sacerdote ni se llenan mis aspiraciones de obispo. Yo quiero más: y como emolumentos u honorarios de lo que me están haciendo danzar en este asunto, con viajes a Madrid y templaduras de gaitas, he sacado, por de pronto, una escuela para niños de obreros, un sindicato agrícola para los productores de remolacha y una casa de Hermanas de la Cruz para la asistencia domiciliaria de obreros enfermos... Una fábrica, en fin, coronada por la cruz; una columna de humo de chimenea que tenga algo y aun algos de incensario... ¡Un abrazo de los obreros de Almenalta con el Obrero de Nazaret!

—Usted, con sus obreros a todo trapo ..
¡Obispo más demócrata...!

—Como que la única mano, señora, que Dios besó en la tierra, no fué la blanca mano del que escribe leyes por que se rijan los pueblos, ni la poderosa mano del que empuña espada que conquistó naciones... ¡La única mano que Dios besó en la tierra es la encallecida mano del obrero, curtida en las intemperies del taller...! Reverenciamos, señora, lo que Jesucristo mismo reverenció, y hagamos ver a esos desapercibidos y mal aconsejados que a nadie tiene tanta cuenta como a ellos que reine Jesucristo. Conque, en resumidas cuentas: ¿puedo decir a la Junta Directiva...

—Tiene usted amplios poderes. Corte usted por donde guste.

—No esperaba yo menos de su cordura de mujer, de su corazón de madre y de sus entrañas de caridad de cristiana. Dios se lo pagará, por de pronto, con ciento cincuenta mil duros en acciones, sin perjuicio de remunerárselo en la otra vida con lo que vale más que la plata y que el oro: con la bienaventuranza prometida a los que cuan-

do Jesucristo estuvo hambriento le dieron de comer. Conque Dios la bendiga. (*Poniéndose de pié.*) Adiós... No se moleste...

—¿Salir usted de mi casa sin acompañar-le yo hasta la puerta...?

(*Hacen mutis por la puerta del foro, delante Su Excelencia y detrás la dama.*)

ESCENA SEGUNDA

LA CONDESA

(*Volviendo de allí a poco, dejándose caer sobre el barandal de la terraza, y encarándose con el escudo heráldico que sombrea la mata de resedá.*)

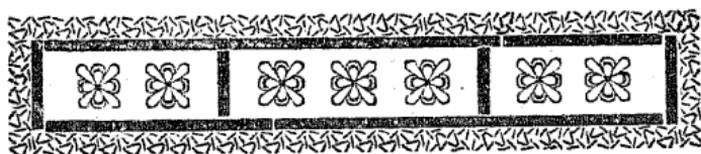
—Ya lo has oído, nobilísimo escudo de los Peralta; blasón de gloria, escogido como la luna, brillante más que el mismo sol; ejecutoria tallada en piedra para más perpetuar el heroísmo de una raza. Por el amor de mi hijo y por caridad de Dios, he hecho lo que he hecho. No me reproches... Y, porque no fué egoísmo lo que torció mi voluntad de acero, sábete que aún hay bríos en mi corazón de grande y arriscos en mi alma de rica hembra castellana, para no gustar en mi regalo, ¡ni siquiera

en mi sustento!, nada de lo que produzca esa fortuna que han venido a meterme por las puertas.

Lo que no sea para Jaime; para marco de su persona, sostén de la raza; para decoro y brillo y esplendor de su grandeza, primera del orbe, será para Dios en la persona de los desvalidos. Unos años más de hambre, ¿qué son para quien ha pasado tantos de sacrificios anónimos...? Me vengaré de mí misma, viviendo en la pobreza. Lo contrario me parecería *hacéldama*, campo de sangre comprado con el dinero de la venta del Justo.

¡Suene, pues, el crujir de las máquinas ¡horror! (*Llevándose las manos a la cabeza con supremo espanto.*) y suba hasta las mismas nubes el humo de la chimenea... ¡horror de horrores! (*Paseando desatentada.*) allí mismo donde te merecieron y te alcanzaron los egregios varones de que arranca mi origen y data mi alcurnia...! Dicen que eso va a ser pan abundante para las muchedumbres y bienestar y holgura y lustre para mi hijo... ¡Perdón! Soy madre. (*Cayendo de rodillas.*) Perdón... ¡Perdón!

(TELÓN RÁPIDO)



LLUVIA... DE ORO

ACTO TERCERO

Personajes que en él intervienen: La CONDESA DE PERALTA.—Su hijo JAIME.—EL OBISPO DE LA DIÓCESIS.—EL GERENTE DE LA AZUCARERA ALMENALTENSE.—UN CRIADO... IDEAL: esto es, que no habla.

Habitación del restaurado palacio de los Peralta: la misma del primer acto, desde cuyo balcón se divisa, al pie del cerro del Señorío, la fábrica Azucarera de San Jaime, levantando hasta las nubes su chimenea empenachada de humo.

El menaje ya es otro. Los cortinajes, que eran de yute, insolentes de puro feos, son

ahora de terciopelo verde-musgo, con flecos de caireles de algodón y seda, con el escudo de la casa, por supuesto, ¡no faltaba más!, campeando en las gualdrapas de intrincadas sardinetas de pasamanería. El demás mobiliario, de caoba, al gusto del Imperio, con incrustes y bronces, rechina enteramente de bruñido y encharolado y brillante.

La estera, de cordelillo, vuelta y vuelta a volver, se ha trocado en alfombra de Bruselas... Sólo queda de la antigua decoración los retratos de los abuelos, aunque con las molduras recién doradas. Lo demás todo ha cambiado ventajosamente, incluso el sillón frailuno de la condesa, que ha sanado de la fractura de una pata (el sillón, que no la señora) por obra y milagro del ebanista, que le ha puesto otra nueva, y conseguido (el sillón otra vez, que no el ebanista) lo que en Dios y en su ánima quisieran más de cuatro señoras de las devotas del masaje: mudar de cuero.

Con esto; con el dorado de la antigua clavazón, primor de broncería del siglo XVII y con unas cinchas nuevas debajo del

asiento, se ha quedado como para el despacho de un príncipe o para el presbiterio de una Metropolitana.

Sentada en él, la condesa, con bata de terciopelo morado obscuro y amplio boa de piel de Chinchilla, recibe al señor obispo de la diócesis, a quien está agasajando con una taza de té y unas pastas, cuando entran en escena Jaime, el futuro conde, y el gerente de la fábrica Almenaltense.

ESCENA UNICA

DICHOS, a excepción del CRIADO, que entrará a su tiempo.

GERENTE

—¿Se puede?

CONDESA

—Pase, señor García. Pase usted.

GERENTE

—A la orden de su ilustrísima... (*Besa el anillo al prelado que se ha puesto de pie.*)

CONDESA

(*Al gerente.*)—Tome usted asiento, con permiso de Su Excelencia. (*Señalando al prelado.*)

OBISPO

(*Aludiendo al permiso solicitado por la condesa.*)—Con mucho gusto. (*Al gerente.*)
¿Y qué tal, don José? ¿Cómo va esa Azucarera?...

GERENTE

—A las mil maravillas. señor; hemos hecho una campaña, que con pocas como ésta...

CONDESA

(*A Jaime.*)—Mira: da orden de que sirvan te para el señor García .. con permiso, por supuesto, de Su Excelencia, y para ti.

JAIME

(*Desde la puerta, al criado de comedor.*)—
—Té, y dos servicios.

OBISPO

(*Al gerente.*)—Bien: ¿no es verdad?

GERENTE

—Para ser la tercera campaña, ha sido una bendición. Figúrese Su Ilustrísima que vamos a repartir el quince por ciento.

OBISPO

—Pues el año pasado fué sólo el ocho, según tengo entendido.

GERENTE

—Y hubiese sido más, de no haber tenido que pagar el segundo plazo de la maquinaria. Por eso precisamente no podemos extendernos este año sino al quince por ciento. El día, si Dios quiere, en que todo el material sea de la Compañía, quizás podremos dar hasta el cuarenta por ciento de dividendo líquido.

OBISPO

—¡Que ya es negocio!..

GERENTE

—¡Como que están las acciones por las nubes! Al ciento cincuenta por ciento se están pagando ya, y no hay quien afloje una, ni por un ojo de la cara...

OBISPO

—¡Nada, señora condesa! Que el cerro se ha convertido en un Perú, y el nacimiento de agua en un Potosí...

CONDESA

—Gracias a usted.

JAIME

(*Con petulancia.*)—Y a mí.

(*Entra el criado: coloca una mesilla delan-*

te del gerente y otra delante del condesito; trae en una bandeja dos tazas de porcelana de Lemoche y una tetera de barro japonesa: sirve a uno y otro la aromática infusión y hace mutis por donde había venido.)

GERENTE

(Sirviéndose el azúcar.)—Precisamente he venido a traerle el dividendo: atención que no tiene la Junta de Gobierno más que con la señora...

CONDESA

—Que yo agradezco mucho, señor García; que yo agradezco mucho.

OBISPO

—Según eso, ¿serán...?

GERENTE

—Pues ciento cincuenta acciones, a cinco mil pesetas cada una, arrojan un capital de pesetas setecientas cincuenta mil; que, multiplicadas por quince, con dos ceros menos, importan la friolera de ciento doce mil quinientas pesetas, que tiene usted aquí, señora, contantes y sonantes.

CONDESA

(Tomando un fardo de billetes, que deseo a

todos los lectores de EL UNIVERSO.)—¿Y no será esto mucho, señor Obispo?

OBISPO

—¿Mucho, por qué?

CONDESA

—¡Ya ve! No haber puesto un cuarto, y tomar esta milada...

OBISPO

—Oro es lo que oro vale. Y si el terreno y el agua que usted aprontó al negocio se estipuló en ese precio y eso es lo que el negocio reditúa, la milada es tan de usted como suya es su casa. ¡Ojalá Dios le dé más, por camino tan honrado como éste!

JAIME

—¿Lo ves, mamá? A costa de un pequeño sacrificio de amor propio...

CONDESA

—¿Pequeño dices?...

JAIME

—O grande, o como fuera.

CONDESA

—¡Como una Catedral!

JAIME

—Lo cierto es que nos hemos labrado

una fortuna, y... lo que vale más que todo eso: hemos salvado a un pueblo de...

GERENTE

—De la ruina, condesa, créalo usted. Perdidas las viñas con la filoxera, muerto el negocio de los curtidos con el alza de los francos y la depreciación de nuestra moneda, pues sólo con el cambio se llevaban de balde nuestras pieles al extranjero, y decaída y por los suelos la ganadería con la entrada de la del moro, aquí no quedaban más fuentes de riqueza que el tabaco y la remolacha. El tabaco no puede ser, porque a nuestros señores gobernantes, que Dios perdone, no les entra en la cabeza que todo lo que sea no producir es tener que comprar, o sea empobrecerse; por donde no nos quedaba más recurso que el azúcar, o la emigración a toda vela. Gracias que la señora cayó de su burro, vamos al decir, y cedió ese pedazo de terreno, y, sobre todo, ese agua, que no hay dinero en el mundo que la pague, y así el pueblo ya come, pues hay jornales a barrer para todo el que lo quiera, y Almenalta ha entrado en vías de prosperidad y engrandecimiento; y, lo que

dicen a voz en grito, del más chico al más grande: ¡Bendita sea la condesa de Peralta, que nos ha proporcionado tanto bien!

JAIME

—Con que ya lo ves, condesa: bendecida y todo. Créete que es más práctico para nosotros y más beneficioso para el pueblo, más social y más cristiano dar trabajo a los pobres y pan a las muchedumbres, que haber roto la cabeza a estacazos, como el abuelo Jaime, a toda la morisma. ¿No es verdad, señor Obispo?

OBISPO

—Sobre todo si ese pan se reparte, como dijo el cardenal Monescillo con frase feliz, acompañado de hojas de Catecismo. ¡Dar de comer al hambriento y enseñar al que no sabe!... ¡Qué par de obras de misericordia tan hermosas, y qué obra tan social!

CONDESA

—¿Quiere usted las doce mil quinientas del pico para sus escuelas de obreros?

OBISPO

—Con el pico del pico me contento. Deme usted las quinientas solamente, y Dios se las centuplique, como es su promesa.

CONDESA

—Ya sabe usted mi propósito inquebrantable con respecto a los rendimientos de este negocio. Lo que no sea para Jaime, y Jaime tiene bastante por este año con veinte mil duros de renta, que sea para Dios. Disponga de lo suyo norabuena; pero lo que es de los pobres no puede usted tirarlo por la ventana.

OBISPO

—Es que...

CONDESA

—¡Que me hace usted un favor! ¡Necesito rehabilitarme a mis propios ojos, por un lado, y por otro, no desmerecer enteramente las bendiciones que me prodigan! ¡Tómelo usted!!...

GERENTE

—¡La condesa, tan noble como siempre!

JAIME

—¡Y tan madre!

OBISPO

—¡Y tan cristiana!

(TELÓN PAUSADO)

